

Democracias desde abajo, capitalismo caníbal y eclipse de la esperanza democrática: América Latina entre 2001 y el presente trumpiano

José Carlos Luque Brazán¹

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

jose.luque@uacm.edu.mx

México

América G. Bautista Salgado²

Universidad Autónoma de Guerrero

14749@uagro.mx

México

María del Rocío García Sánchez³

Universidad Autónoma de Guerrero

mrociogsz@yahoo.com.mx

México

Bottom-Up Democracies, Cannibal Capitalism and the Eclipse of Democratic Hope: Latin America between 2001 and the Trumpian Present.

Recibido: 18 de noviembre de 2025

Aceptado: 9 de diciembre de 2025

Resumen

Este artículo propone una relectura histórica y crítica de las democracias desde abajo en América Latina a partir de dos experiencias emblemáticas del cambio de siglo: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México y el movimiento ciudadano del Lavado de la Bandera en el Perú. El análisis sitúa estas experiencias en el ciclo

¹⁾ Investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. <https://orcid.org/0000-0002-9828-8086>

²⁾ Investigadora de la Universidad Autónoma de Guerrero. <https://orcid.org/0009-0006-0913-7267>

³⁾ 3 Investigadora de la Universidad Autónoma de Guerrero. <https://orcid.org/0009-0007-9273-9150>

histórico 1990–2001, marcado por la imposición del neoliberalismo y la centralidad de los derechos humanos como horizonte democrático. A partir del quiebre global producido por los atentados del 11 de septiembre de 2001, el trabajo examina la transición hacia un capitalismo caníbal y fragmentado que ha erosionado las condiciones materiales y simbólicas de la democracia. En diálogo con la teoría crítica contemporánea, se argumenta que el presente trumpiano expresa una forma post-democrática de gobierno compatible con la destrucción de lo político. El artículo concluye que la crisis actual de la democracia no es coyuntural, sino estructural, y que las experiencias del cambio de siglo permiten comprender tanto sus límites como las posibilidades abiertas —aunque frágiles— de recomposición democrática.

Palabras clave

Democracias desde abajo, neoliberalismo, capitalismo caníbal, derechos humanos, movimientos sociales, trumpismo, América Latina.

Abstract

This article offers a historical and critical rereading of bottom-up democracies in Latin America through two emblematic early twenty-first-century experiences: the Zapatista Army of National Liberation in Mexico and the citizen-led Flag-Washing Movement in Peru. These cases are situated within the 1990–2001 cycle, characterized by the imposition of neoliberalism and the centrality of human rights as a democratic horizon. Taking the September 11, 2001 attacks as a global turning point, the article analyzes the shift toward a cannibal and fragmented form of capitalism that has undermined the material and symbolic foundations of democracy. Engaging contemporary critical theory, it argues that the Trumpian present represents a post-democratic mode of governance compatible with the erosion of political life. The article concludes that the current democratic crisis is structural rather than conjunctural, and that early bottom-up democratic experiences provide key insights into both the limits and the fragile possibilities of democratic recomposition today.

Keywords

Bottom-up democracies, neoliberalism, cannibal capitalism, human rights, social movements, Trumpism, Latin America.

Introducción

Este artículo fue concebido originalmente a comienzos del siglo XXI, en un contexto histórico marcado por el agotamiento del neoliberalismo latinoamericano clásico, la emergencia de movimientos sociales democratizadores y la apertura de transiciones políticas que parecían anunciar una ampliación sustantiva de la democracia en la región, era el momento cúspide de las transiciones de regímenes autoritarios a regímenes demoliberales y su gran momento de legitimidad política (O’Donnell, 2010). Más de dos décadas después, esas mismas experiencias adquieren un nuevo espesor analítico cuando son revisitadas desde un presente atravesado por la fragmentación global, el ascenso de las derechas radicales y la crisis estructural de las democracias liberales. En este sentido, las experiencias de democracias desde abajo en Perú y México —el movimiento del Lavado de la Bandera y la Caravana Zapatista por la Dignidad y los Derechos de los Pueblos Indígenas—, desarrollados a comienzos del presente milenio, pueden ser interpretadas hoy como anticipaciones históricas de disputas que atraviesan de manera más radical el escenario contemporáneo.

El contexto actual, que puede ser caracterizado como un “presente trumpiano”, no se reduce a la figura de Donald Trump ni a la política estadounidense, sino que remite a un patrón más amplio de reorganización autoritaria del capitalismo global. Como lo han señalado distintos autores (Urbán, 2025; Slobodian, 2025; Hernández, 2025 y Vaqueiro, 2025), este patrón combina desde democratización, guerra cultural, racialización del conflicto social y una creciente desconexión entre democracia formal y condiciones materiales de vida. En este marco, la democracia aparece crecientemente vaciada de contenido social, mientras amplios sectores populares son interpelados por proyectos reaccionarios que canalizan el malestar producido por décadas de neoliberalismo.

las democracias desde abajo del cambio de siglo como respuestas tempranas al capitalismo que hoy algunos autores denominan caníbal o chupacabras (Fraser, 2025 y Galvez y Luque Brazán, 2019), es decir, un capitalismo que devora sistemáticamente las bases sociales, políticas y ecológicas que hacen posible su propia reproducción. Al mismo tiempo, se propone dialogar con la noción de capitalismo de la fragmentación, desarrollada por Quinn Slobodian (2025), para comprender cómo estas experiencias se

enfrentaron a un orden global que ya comenzaba a abandonar las promesas integradoras de la globalización neoliberal, apostando en cambio por la segmentación, la jerarquización y la exclusión. El artículo también se inscribe en un diálogo explícito con los aportes de Miguel Urbán (2025), sobre el ascenso de las nuevas derechas, entendiendo que la crisis de legitimidad democrática no produce automáticamente salidas emancipatorias, sino que abre un campo de disputa entre proyectos autoritarios y prácticas democráticas radicales. En este terreno, las experiencias analizadas permiten pensar una genealogía alternativa de politización popular, basada no en el odio ni en la exclusión, sino en la reapropiación de la esfera pública, la ciudadanía activa y la defensa de lo común.

Desde el punto de vista teórico, el texto recupera la noción de lo común desarrollada por Pierre Dardot y Christian Laval (2017), no como un recurso natural o una identidad prepolítica, sino como una práctica política colectiva que se construye en la acción. Bajo esta clave, las democracias desde abajo no son entendidas como simples movimientos de protesta, sino como formas de producción política que disputan el sentido de la democracia frente a su captura neoliberal.

Metodológicamente, el artículo adopta una estrategia comparativa cualitativa, centrada en dos casos nacionales distintos, pero estructuralmente conectados. Perú y México representan dos expresiones divergentes del neoliberalismo latinoamericano de fines del siglo XX: una dictadura neoliberal abierta y un régimen de transición democrática subordinada al mercado. Sin embargo, en ambos contextos emergieron movimientos capaces de articular demandas democratizadoras desde la sociedad civil, desbordando los límites de la política institucional.

La hipótesis que guía este trabajo sostiene que las democracias desde abajo de comienzos del siglo XXI deben ser entendidas como laboratorios históricos de resistencia democrática frente a un capitalismo en proceso de mutación (Slobodian, 2025 y Fraser, 2025), cuyas formas actuales —autoritarismo, fragmentación, descuidadización— hacen aún más visibles las tensiones que estos movimientos ya habían identificado.

Democracias desde abajo, capitalismo caníbal y fragmentación global

Para comprender el alcance histórico y político de las democracias desde abajo analizadas en este artículo es necesario situarlas dentro de un arco de tiempo más amplio del capitalismo contemporáneo. A comienzos del siglo XXI, cuando estos movimientos emergieron, el neoliberalismo todavía se presentaba como un proyecto hegemónico capaz de articular crecimiento económico, gobernabilidad democrática y promesas de integración social (Escalante, 2016). Sin embargo, incluso en ese momento, ya se manifestaban signos claros de agotamiento que hoy, más de dos décadas después, se han convertido en crisis estructural.

Nancy Fraser (2025), ha conceptualizado este proceso como el tránsito hacia un capitalismo caníbal, una forma de organización social que no solo explota el trabajo, sino que depreda sistemáticamente las condiciones no mercantiles que sostienen la vida social: la reproducción social, la naturaleza, la cohesión comunitaria y la legitimidad democrática. Las democracias liberales se vacían de contenido a medida que se subordinan a imperativos de acumulación que despojan a amplios sectores sociales de derechos, reconocimiento y expectativas de futuro.

Las democracias desde abajo que emergieron en Perú y México a inicios del siglo XXI pueden ser reinterpretadas como respuestas tempranas a esta lógica caníbal. No se trató únicamente de movimientos contra gobiernos específicos o coyunturas autoritarias, sino de prácticas políticas que pusieron en cuestión la reducción de la democracia a un procedimiento electoral desprovisto de sustancia social. En ambos casos, la acción colectiva se orientó a reconstruir vínculos entre ciudadanía, esfera pública y dignidad, frente a un orden político que había naturalizado la exclusión como costo inevitable del mercado. A diferencia del imaginario clásico de la globalización como proceso integrador, Slobodian muestra cómo el capitalismo contemporáneo tiende a producir espacios diferenciados, zonas de excepción, regímenes jurídicos fragmentados y poblaciones jerarquizadas. El mercado global no integra, sino que segmenta; no universaliza derechos, sino que

administra desigualdades. En este marco, la democracia se vuelve cada vez más incompatible con la lógica de acumulación, salvo en su versión minimalista y controlada.

Las democracias desde abajo pueden entenderse, entonces, como prácticas que se enfrentan a esta fragmentación, no mediante la promesa de una inclusión total en el mercado, sino a través de la construcción de espacios políticos alternativos. Tanto el zapatismo como el movimiento del Lavado de la Bandera intervinieron en la esfera pública para recomponer una idea de comunidad política que no estaba mediada exclusivamente por el Estado ni subordinada al mercado. En este sentido, no buscaron simplemente corregir los déficits de la democracia liberal, sino ensayar formas de politización que desbordaban sus marcos institucionales.

Aquí resulta fundamental el aporte de Dardot y Laval (2017), en torno a lo común. Desde su perspectiva, lo común no es un bien preexistente ni un patrimonio cultural fijo, sino una práctica política que se produce colectivamente a través de reglas, usos y luchas compartidas. Las democracias desde abajo analizadas en este artículo pueden ser leídas como experiencias de producción de lo común en contextos de desposesión neoliberal. La bandera lavada colectivamente en las plazas peruanas y la palabra indígena llevada al Congreso mexicano no fueron meros símbolos, sino actos performativos que disputaron el sentido de lo público y lo político.

Esta dimensión resulta especialmente relevante cuando se la contrasta con el presente trumpiano. El ascenso de las nuevas derechas autoritarias, analizado por Miguel Urbán (2025), se alimenta precisamente de los efectos sociales del capitalismo caníbal y fragmentado: precarización, pérdida de derechos, desarraigo territorial y crisis de representación. Sin embargo, a diferencia de las democracias desde abajo, estas derechas canalizan el malestar social hacia proyectos excluyentes, nacionalistas y profundamente antidemocráticos, que prometen orden y protección a cambio de subordinación y cierre de la esfera pública.

La comparación histórica permite observar una bifurcación fundamental. Frente a condiciones estructurales similares de crisis, las democracias desde abajo optaron por la ampliación del espacio público, la politización de la vida cotidiana y la construcción de ciudadanía activa. El trumpismo y sus expresiones lati-

noamericanas, en cambio, proponen una solución autoritaria que refuerza la fragmentación social y debilita aún más los vínculos democráticos. Esta diferencia no es menor y permite comprender que la crisis del neoliberalismo no conduce automáticamente a salidas emancipatorias, sino que abre un campo de disputa política profundamente incierto.

Desde esta perspectiva, el artículo sostiene que las democracias desde abajo del cambio de siglo deben ser entendidas como una genealogía alternativa de resistencia democrática. No como modelos a reproducir mecánicamente, sino como experiencias históricas que permiten pensar cómo se construyen prácticas democráticas en contextos adversos. Su relevancia actual radica en que enfrentaron tempranamente procesos que hoy se han intensificado: la captura neoliberal del Estado, la erosión de derechos, la mercantilización de la política y la fragmentación de las sociedades.

Releer estas experiencias desde el presente trumpiano implica, por tanto, reconocer su carácter anticipatorio. Allí donde hoy predominan discursos de odio, exclusión y repliegue autoritario, estos movimientos apostaron por una politización inclusiva, conflictiva pero democrática, basada en la acción colectiva y en la reapropiación de lo común. En este sentido, constituyen no solo objetos de análisis histórico, sino recursos teóricos y políticos para pensar la democracia en tiempos de regresión.

México y Perú como laboratorios de democracias desde abajo

Las experiencias de México y Perú a comienzos del siglo XXI permiten observar cómo, en contextos políticos distintos, pero estructuralmente conectados por el neoliberalismo, emergieron formas de acción colectiva que disputaron el sentido de la democracia desde fuera y más allá de las instituciones estatales. Leídas desde el presente, estas experiencias pueden entenderse como verdaderos laboratorios de democracias desde abajo, en los que se ensayaron repertorios políticos que hoy resultan especialmente relevantes frente a la regresión autoritaria global.

En el caso mexicano, la Caravana por la Dignidad y los Derechos de los Pueblos Indígenas impulsada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLA), en el 2001 condensó una crítica profunda al modelo neoliberal y a la democracia liberal procedimental. Tras el levantamiento de 1994, el zapatismo había comprendido que la vía exclusivamente armada no solo era inviable, sino políticamente contraproducente para la construcción de legitimidad social. La apuesta estratégica se desplazó entonces hacia la ocupación de la esfera pública, la palabra y el simbolismo, articulando una política que conjugó comunidad, territorio y dignidad.

La Caravana por la Dignidad y los Derechos de los Pueblos Indígenas del EZLN, no fue simplemente una movilización de protesta, sino una intervención deliberada en el espacio político nacional. Al recorrer el país y llegar al Congreso de la Unión, el zapatismo logró traducir una demanda históricamente subalterna—el reconocimiento constitucional de los pueblos indígenas—en un asunto de interés nacional. Esta acción tuvo un efecto pedagógico profundo: mostró que la democracia no se reduce a la representación electoral, sino que se construye mediante la irrupción de sujetos colectivos que interpelan al Estado desde prácticas de autonomía y lo común. Fue acto simbólico de hegemonía política de los comunes.

Desde el marco de Dardot y Laval (2017), el zapatismo puede ser leído como una experiencia de producción política de lo común. No se trató de una reivindicación identitaria cerrada, sino de una propuesta que cuestionó la mercantilización de la tierra, la cultura y la política, articulando una noción de democracia basada en el mandar obedeciendo, la deliberación colectiva y la autonomía territorial. En un contexto de capitalismo de la fragmentación (Slobodian, 2025), esta experiencia operó como una fuerza contraria a la segmentación neoliberal, insistiendo en la construcción de vínculos comunitarios y en la reapropiación del espacio público.

El desenlace institucional de la Caravana—el cierre parcial de las demandas indígenas en el Congreso y la simulación de una reforma constitucional—no invalida su potencia democrática. Por el contrario, muestra los límites estructurales de la democracia liberal cuando se enfrenta a proyectos que desbordan su racionalidad.

En el caso peruano, el movimiento del Lavado de la Bandera emergió en un contexto marcado por una dictadura neoliberal consolidada dirigida por Alberto Fujimori, sostenida por el control de las Fuerzas Armadas, el aparato judicial y los medios de comunicación. A diferencia del zapatismo, el movimiento peruano carecía de una estructura organizativa sólida y de una ideología coherente. Sin embargo, su fuerza residió precisamente en su carácter abierto, plural y simbólicamente poderoso.

El Lavado de la Bandera constituyó una reapropiación colectiva de un símbolo nacional capturado por el autoritarismo y la corrupción. En lugar de recurrir a formas tradicionales de protesta, el movimiento desplegó una acción performativa que logró articular indignación, dignidad y ciudadanía activa. La repetición semanal del acto, su expansión territorial y su apropiación por diversos actores sociales transformaron una acción aparentemente simple en un dispositivo de recomposición de la esfera pública.

Desde la perspectiva del capitalismo caníbal, el régimen fujimorista puede ser interpretado como una expresión temprana de una forma de gobierno que sacrifica derechos, legalidad y cohesión social en nombre de la estabilidad macroeconómica y la acumulación. El Lavado de la Bandera operó como una respuesta ciudadana a esta lógica depredadora, restituyendo la idea de que la democracia no puede sostenerse sin una base ética y social compartida.

A diferencia de las derechas autoritarias contemporáneas, que movilizan símbolos nacionales para excluir y disciplinar, el movimiento peruano utilizó la nación como un bien común a ser recuperado colectivamente. Esta diferencia es crucial cuando se observa desde el presente trumpiano, en el que los símbolos patrios son resemantizados para justificar políticas xenófobas, racistas y antidemocráticas. En el Perú de 2000–2001, la bandera lavada no fue un instrumento de cierre identitario, sino un gesto de apertura democrática. Ambas experiencias compartieron una característica fundamental: la centralidad de la sociedad civil como espacio de politización. Ni en México ni en Perú los movimientos buscaron inicialmente conquistar el Estado, sino incidir en la esfera pública, alterar las coordenadas del debate político y producir nuevas formas de ciudadanía activa. Esta estrategia resulta especialmente significativa cuando se la contrasta con el presente, en el que amplios sectores sociales han sido despolitizados o capturados por narrativas autoritarias.

La comparación entre ambos casos permite identificar también sus límites. En México, la alta organización y claridad política del zapatismo contrastaron con la capacidad del sistema político para neutralizar institucionalmente sus demandas. En el Perú, no se tradujo en la consolidación de una fuerza política capaz de disputar el poder en el largo plazo, dando paso a una transición democrática frágil y posteriormente capturada por élites neoliberales y autoritarias.

Sin embargo, estos límites no deben leerse como fracasos absolutos, sino como expresiones de una tensión estructural entre democracias desde abajo y democracias desde arriba. Ambos movimientos lograron, al menos temporalmente, ampliar los márgenes de lo posible, mostrando que la democracia puede ser reapropiada desde la acción colectiva incluso en contextos profundamente adversos, releídas desde el presente, estas experiencias permiten comprender que la democracia no es un estado alcanzado de una vez y para siempre, sino un proceso en disputa permanente. Frente a un capitalismo fragmentado que produce exclusión y resentimiento, las democracias desde abajo ofrecen una gramática política distinta, basada en la participación, la dignidad y la defensa de lo común.

Del 2001 al 2026: continuidad, ruptura y regresión democrática en Perú y México

Comparar el ciclo de movilización democrática de comienzos del siglo XXI con el escenario político del año 2026 implica reconocer que no estamos ante una simple repetición de procesos, sino frente a una mutación profunda del capitalismo, de la democracia y de la subjetividad política. Las democracias desde abajo que emergieron en Perú y México entre 2000 y 2001 se desarrollaron en un contexto en el que la democracia liberal todavía conservaba una promesa de ampliación, aunque ya mostraba signos evidentes de agotamiento. Por otro lado, hoy en día hay una crisis clara de la democracia como un estándar a seguir, marcada por la fragmentación social, el autoritarismo y la normalización de la excepción.

En 2001, tanto en Perú como en México, la democracia aparecía como un significativo disputable, capaz de ser reapropiado por la acción colectiva. El fin de la dictadura fujimorista y la derrota electoral del PRI en México eran leídos, incluso por amplios sectores populares, como señales de un nuevo ciclo histórico. La indignación social encontraba todavía una traducción democrática, y la esfera pública funcionaba como un espacio relativamente abierto para la deliberación, la protesta y la imaginación política. En 2026, en cambio, la democracia se encuentra crecientemente desacoplada de las condiciones materiales de vida, y su legitimidad ya no se erosiona solo por déficits de representación, sino por su incapacidad estructural para ofrecer protección social, futuro económico y reconocimiento simbólico. Aquí se manifiesta con toda claridad lo que Nancy Fraser denomina capitalismo caníbal: un régimen que ya no se limita a explotar, sino que consume las bases sociales, políticas y culturales que hacen posible la democracia misma.

Capitalismo caníbal: del neoliberalismo hegemónico a la depredación abierta

En el cambio de siglo, el neoliberalismo todavía se presentaba como un proyecto coherente, capaz de articular mercado, Estado y democracia bajo la promesa de crecimiento y estabilidad. Incluso los regímenes autoritarios, como el fujimorista, justificaban su violencia política en nombre del orden, la modernización y la gobernabilidad. La crítica social, por su parte, se orientaba a denunciar los excesos del modelo, pero no siempre cuestionaba su racionalidad de fondo.

En el presente, esa racionalidad ha entrado en una fase distinta. El capitalismo caníbal no promete integración ni bienestar futuro; administra precariedad, desigualdad y miedo. Las políticas de ajuste, la destrucción de derechos sociales y la mercantilización de la vida ya no se presentan como transitorias, sino como condiciones permanentes. Esto explica por qué, a diferencia de 2001, hoy amplios sectores sociales ya no creen que la democracia pueda corregir los efectos del mercado.

Esta mutación tiene consecuencias directas sobre la acción colectiva. Mientras en 2001 las democracias desde abajo buscaban ampliar la democracia existente, en 2026 los movimientos sociales enfrentan un escenario en el que la democracia liberal aparece capturada, blindada y vaciada, lo que abre el riesgo de repliegues autoritarios o de desafección política masiva.

Capitalismo de la fragmentación: de la globalización integradora a la descomposición política

Quinn Slobodian ha mostrado que el capitalismo contemporáneo ha abandonado el ideal de un mercado global regulado por Estados democráticos, apostando en cambio por un orden fragmentado, compuesto por zonas especiales, regímenes jurídicos diferenciados y poblaciones jerarquizadas. Esta lógica ya estaba en gestación en 2001, pero se ha radicalizado en el presente.

En el cambio de siglo, los movimientos democráticos podían todavía articular solidaridades nacionales y transnacionales relativamente estables. El zapatismo logró interpelar a intelectuales, organizaciones y movimientos de distintas partes del mundo, y el Lavado de la Bandera se replicó en comunidades migrantes peruanas en América Latina y Europa. La globalización, pese a sus desigualdades, aún ofrecía infraestructuras de conexión.

En 2026, la fragmentación ha debilitado estas posibilidades. Las fronteras se han endurecido, los migrantes han sido convertidos en chivos expiatorios, y la política se organiza crecientemente en clave de guerra cultural. El espacio público se ha polarizado y digitalizado, reduciendo la deliberación y amplificando el conflicto identitario. Esta es una diferencia histórica crucial: las democracias desde abajo del 2001 operaban en un mundo aún conectable; las del presente lo hacen en un mundo activamente desarticulado.

El presente trumpiano: de la indignación democrática al resentimiento autoritario

Aquí la comparación con el presente trumpiano se vuelve central. Como advierte Miguel Urbán (2025), el ascenso de las nuevas derechas no puede entenderse sin reconocer que el neoliberalismo produjo una masa de frustración social que no encontró salida democrática. En 2001, en Perú y México esos movimientos sociales ampliaron la esfera pública y apostaron por la acción colectiva no excluyente. En cambio, en el 2026, esa misma frustración es

capitalizada por proyectos autoritarios que prometen orden, identidad y castigo a los “otros”. La diferencia no es cultural ni moral, sino política. Las democracias desde abajo ofrecieron una gramática de politización basada en la dignidad, la participación y lo común. El trumpismo y sus variantes latinoamericanas ofrecen una gramática basada en el miedo, la exclusión y la verticalidad. Esta comparación permite afirmar que el problema central no es la protesta social, sino qué proyecto logra hegemonizar el malestar. Finalmente, la noción de lo común permite cerrar la comparación histórica. En 2001, tanto el zapatismo como el Lavado de la Bandera produjeron prácticas de lo común que reconfiguraron el espacio público: la palabra indígena, la plaza, el símbolo nacional resignificado. Estas prácticas no estaban orientadas a la clausura identitaria, sino a la ampliación de la comunidad política.

En el presente, lo común se encuentra amenazado por dos frentes: la mercantilización extrema y la apropiación autoritaria. Las nuevas derechas reivindican una comunidad cerrada, homogénea y excluyente, mientras el mercado disuelve los lazos sociales. Frente a ello, la relectura de las democracias desde abajo del 2001 permite recuperar una concepción de lo común como práctica democrática abierta, no como esencia identitaria.

A diferencia del neoliberalismo de los años noventa y del cambio de siglo, el capitalismo contemporáneo ya no se presenta como un proyecto de orden, estabilidad o integración social. Entre 1990 y 2001, el neoliberalismo operó como una racionalidad hegemónica que, aun en contextos autoritarios como el fujimorismo o de transición pactada como el México pospriista, conservaba una promesa de futuro. La democracia liberal era concebida como el marco político natural del mercado, y la expansión de derechos — aunque profundamente desigual — funcionaba como horizonte normativo que estructuraba tanto la legitimidad estatal como la protesta social.

Ese neoliberalismo temprano articulaba acumulación, Estado y democracia bajo una lógica que Nancy Fraser ha descrito como una fase “extractiva pero aún reproductiva” del capitalismo, en la que la depredación de la naturaleza, del trabajo y de lo social coexistía con mecanismos que permitían sostener mínimamente la cohesión social y la expectativa democrática (Fraser, 2022). Incluso los regímenes más autoritarios se legitimaban apelando a la

gobernabilidad, la modernización y la estabilidad institucional. En ese contexto histórico se inscriben las democracias desde abajo que emergieron en Perú y México a comienzos del siglo XXI. Tanto el Lavado de la Bandera como la Caravana Zapatista se constituyeron como movimientos sociales atravesados por una doble negación: rechazo al neoliberalismo como proyecto económico y político, y afirmación de la democracia como horizonte de transformación. No se trataba de movimientos antidemocráticos ni antipolíticos, sino de experiencias que disputaban el contenido de la democracia frente a su reducción tecnocrática y mercantil. El presente histórico es radicalmente distinto. El capitalismo que estructura el escenario de 2020–2026 ya no es un capitalismo que promete integración futura, sino lo que Fraser conceptualiza como capitalismo caníbal: un régimen que se reproduce devorando de manera sistemática sus propias condiciones de posibilidad, incluyendo la democracia, la reproducción social, el cuidado y la legitimidad política (Fraser, 2025). En esta fase, el capitalismo no corrige sus crisis mediante reformas, sino que las administra y profundiza, produciendo precariedad permanente, desigualdad estructural y desafección política masiva.

Esta mutación se articula con lo que Quinn Slobodian denomina capitalismo de la fragmentación, caracterizado por la proliferación de espacios jurídicos diferenciados, la segmentación de poblaciones, la privatización de la soberanía y la clausura deliberada de la democracia como instancia reguladora del mercado (Slobodian, 2023). A diferencia del neoliberalismo clásico, que necesitaba Estados relativamente fuertes y legitimados, el capitalismo actual opera mediante la descomposición del espacio político, la excepción permanente y la neutralización de la voluntad popular.

En esta línea, otros autores han propuesto la noción de capitalismo chupacabras para dar cuenta de una fase extrema de acumulación depredadora en América Latina, donde el capital ya no se limita a extraer valor, sino que succiona territorios, cuerpos, derechos y expectativas de futuro, dejando tras de sí paisajes sociales devastados y comunidades políticamente desarticuladas (Luque Brazán y Gálvez, 2021). Esta imagen resulta particularmente potente para comprender cómo el capitalismo contemporáneo no solo destruye condiciones materiales, sino también la posibilidad misma de imaginar alternativas democráticas.

La diferencia histórica entre ambos momentos —1990–2001 y 2020–2026— no es solo económica, sino profundamente política. Mientras el neoliberalismo temprano erosionó la democracia desde dentro, el capitalismo actual tiende a vaciarla por completo, transformándola en una cáscara procedimental sin capacidad de producir futuro. Esto explica por qué el presente trumpiano no es una anomalía, sino una expresión coherente de un capitalismo que ha dejado de necesitar la democracia incluso en su versión mínima.

Como ha señalado Miguel Urbán (2025), el ascenso de las nuevas derechas autoritarias no puede comprenderse sin atender a este proceso de autodestrucción del orden neoliberal. El resentimiento social que hoy capitalizan las extremas derechas es producido por un sistema que despoja a amplios sectores de seguridad material, reconocimiento simbólico y expectativa histórica, al tiempo que bloquea toda salida democrática a esa crisis (Urbán, 2025). A diferencia de los movimientos del cambio de siglo, el malestar contemporáneo se produce en un escenario donde la democracia ya no aparece como solución posible.

Este desplazamiento histórico resulta clave para reinterpretar las democracias desde abajo de Perú y México. En 2001, estos movimientos se construyeron en un contexto en el que la democracia aún podía ser reapropiada como promesa colectiva. El Lavado de la Bandera no solo denunció la corrupción y el autoritarismo, sino que afirmó la posibilidad de recomponer una comunidad política basada en la ética pública y la ciudadanía activa. El zapatismo, por su parte, articuló una crítica radical al neoliberalismo desde una apuesta por la democracia comunitaria, la autonomía y lo común, sin renunciar a la idea de un horizonte democrático ampliado.

En el presente, sin embargo, los movimientos sociales enfrentan un escenario radicalmente más adverso. La autodestrucción del capitalismo ha producido un vaciamiento de lo político que limita severamente la capacidad de los actores colectivos para transformar el malestar en proyecto democrático. La mercantilización extrema, la fragmentación territorial y el control autoritario del Estado han reducido el espacio para la acción colectiva, mientras las derechas radicales ofrecen salidas punitivas y excluyentes que canalizan la frustración social.

Desde la perspectiva de Dardot y Laval (2017), esta mutación puede ser leída como una ofensiva directa contra lo común. Si las democracias desde abajo de comienzos del siglo XXI logra-

ron producir prácticas de lo común —plazas, símbolos, territorios, palabras compartidas—, el capitalismo contemporáneo opera destruyendo sistemáticamente esas posibilidades, ya sea mediante la mercantilización total o la apropiación autoritaria de la comunidad (Dardot y Laval, 2017). La política deja de ser un espacio de construcción colectiva y se transforma en administración del miedo.

Releer las democracias desde abajo desde este encuadre no implica nostalgia ni idealización, sino reconocer que esas experiencias constituyeron formas históricas de politización hoy parcialmente clausuradas. Precisamente por ello, su análisis resulta indispensable para entender no solo lo que ocurrió en el pasado, sino lo que se ha perdido en el presente y lo que está en juego en la disputa por el futuro democrático.

Antes del trumpismo: neoliberalismo, antipolítica y bifurcaciones democráticas (1990–2002)

Entre 1990 y 2002 se configura un momento histórico decisivo para comprender la crisis contemporánea de la democracia y el ascenso del trumpismo como forma política. No se trata de un periodo preparatorio en sentido cronológico, sino de una fase de mutación estructural del capitalismo y de la política, en la que se definen trayectorias divergentes que hoy reaparecen radicalizadas. En esos años se consolidan, por un lado, las formas estatales del neoliberalismo autoritario en América Latina; por otro, emergen movimientos sociales que disputan el sentido de la democracia desde abajo; y, en paralelo, se configura en Estados Unidos una figura empresarial-mediática —Donald Trump— que ensaya tempranamente una traducción política de la antipolítica neoliberal. Lejos de ser procesos desconectados, estos fenómenos forman parte de un mismo ciclo histórico. La década de los noventa y el cambio de siglo marcan el pasaje de un neoliberalismo que aún requería del Estado, de la institucionalidad democrática y de la

promesa de integración social, hacia una fase en la que el capitalismo comienza a desprenderse progresivamente de la democracia como condición de legitimidad. Este tránsito es fundamental para entender por qué los movimientos sociales de comienzos del siglo XXI estuvieron atravesados por una fuerte esperanza democrática, mientras que el presente se caracteriza por el avance de proyectos autoritarios que capitalizan el malestar social sin ofrecer horizontes emancipatorios.

En Estados Unidos, Donald Trump entre 2000 y 2002 no es todavía el líder político que llegará a la presidencia en 2016, pero sí es ya una figura plenamente formada en términos simbólicos y económicos. En el año 2000 se presenta brevemente como candidato presidencial por el Reform Party, una experiencia que, aunque fallida en términos electorales, resulta clave para comprender su trayectoria posterior. En esa incursión temprana, Trump ensaya un discurso que combina nacionalismo económico, crítica a las élites políticas tradicionales, desprecio por la corrección institucional y una apelación directa a la frustración de sectores medios y populares. No se trata aún de un programa coherente, sino de una performance política basada en la transgresión, la simplificación extrema y la espectacularización del conflicto.

Este Trump temprano encarna una figura característica del neoliberalismo tardío: el empresario-celebridad que produce poder no desde la política institucional, sino desde el mercado, los medios y la construcción de una marca personal. Su capital no es político en sentido clásico, sino simbólico y mediático. En este punto radica una diferencia crucial con los liderazgos autoritarios latinoamericanos de la época: mientras Carlos Salinas de Gortari y Alberto Fujimori ejercen el poder desde el Estado para imponer el neoliberalismo, Trump se forma fuera del Estado, anticipando una fase en la que la política será colonizada por la lógica del espectáculo y del marketing.

En América Latina, el mismo periodo está marcado por la consolidación del neoliberalismo autoritario. Salinas de Gortari, en México, y Fujimori, en Perú, representan dos expresiones paradigmáticas de este proceso. Ambos líderes impulsan reformas estructurales profundas —privatizaciones, apertura comercial, disciplinamiento laboral— combinadas con una erosión sistemática de la mediación política. Partidos, sindicatos y organizaciones

sociales son debilitados o neutralizados, mientras la política se re-define como gestión tecnocrática de la economía. La democracia, se vacía de contenido social y transformador.

Este neoliberalismo de Estado aún se legitima en nombre del orden, la modernización y la estabilidad. Incluso en el caso peruano, donde el autoritarismo adopta formas abiertas tras el autogolpe de 1992, el régimen se presenta como garante de la gobernabilidad y del crecimiento económico. La democracia es concebida como un procedimiento que no debe interferir con el mercado, y la ciudadanía es reducida a un rol pasivo de aceptación de las reformas. Sin embargo, esta forma de gobierno genera tensiones profundas que se expresan en el surgimiento de movimientos sociales que cuestionan tanto el neoliberalismo como su apropiación autoritaria del Estado.

Es en este punto donde emergen las democracias desde abajo. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que irrumpe públicamente en 1994 en México, constituye una de las respuestas más radicales y originales al proyecto neoliberal. Su levantamiento coincide simbólicamente con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, impulsado por el gobierno de Salinas, y expresa una negación frontal de la idea de que el mercado global pueda ser el fundamento de la vida social. El zapatismo no se limita a denunciar la exclusión económica, sino que cuestiona el modelo civilizatorio que subordina territorio, cultura y política a la lógica del capital.

A diferencia de los proyectos autoritarios neoliberales, el zapatismo articula su crítica desde una afirmación explícita de la democracia, entendida no como procedimiento electoral, sino como práctica colectiva basada en la dignidad, la autonomía y la construcción de lo común. Esta apuesta se profundiza con la Caravana por la Dignidad y los Derechos de los Pueblos Indígenas en 2001, que desplaza la lucha armada hacia una intervención directa en la esfera pública nacional. En ese gesto se condensa una esperanza democrática que hoy resulta difícil de imaginar en el mismo registro: la creencia de que la democracia puede ser reapropiada y resignificada desde abajo frente al neoliberalismo. Estas experiencias comparten un rasgo fundamental: se construyen dentro de una democracia erosionada. La negación del neoliberalismo no implica rechazo de la democracia, sino su radi-

calización. Los movimientos sociales del cambio de siglo buscan ampliar el significado de lo democrático, dotarlo de contenido social, cultural y territorial, y disputar su captura tecnocrática. Esta orientación los diferencia radicalmente de las formas contemporáneas de antipolítica autoritaria.

Aquí se abre la bifurcación histórica que resulta clave para comprender el presente. Mientras en América Latina y en otros contextos del Sur global emergen movimientos que intentan democratizar la democracia, en el centro del capitalismo mundial se consolidan figuras como Trump, que traducen el malestar social en una antipolítica espectacularizada. Trump no surge como reacción contra el neoliberalismo, sino como una de sus formas culturales avanzadas. Su discurso no cuestiona la lógica del capital, sino que desplaza la frustración hacia enemigos difusos: las élites políticas, los inmigrantes, el Estado regulador.

Esta diferencia explica por qué, en el cambio de siglo, el conflicto social podía todavía articularse en clave democrática, mientras que en el presente es crecientemente capturado por proyectos autoritarios. Lo que ocurre entre 1990 y 2002 no es la derrota inmediata de las democracias desde abajo, sino algo más complejo: el capitalismo logra sobrevivir a su crisis inicial reinventándose, mientras la democracia queda atrapada en una tensión irresuelta entre procedimiento y contenido social.

El desplazamiento histórico que se produce entre el neoliberalismo de los años noventa y el capitalismo contemporáneo no puede ser comprendido únicamente como una intensificación cuantitativa de la explotación o como una deriva autoritaria coyuntural. Se trata, más bien, de una “mutación cualitativa del capitalismo”, que altera su relación con la democracia, con lo político y con la producción de esperanza social. Nancy Fraser ha conceptualizado este proceso como el tránsito hacia un capitalismo caníbal, un régimen que ya no se limita a extraer valor del trabajo y de la naturaleza, sino que devora las condiciones sociales, políticas y culturales que hacen posible su propia reproducción, incluyendo la democracia, la reproducción social y la legitimidad estatal (Fraser, 2022).

Durante el periodo 1990–2001, el neoliberalismo operó aún como un proyecto capaz de articular acumulación económica con una promesa —cada vez más frágil— de integración social y estabilidad política. Incluso en sus versiones autoritarias, como el

fujimorismo en Perú, el neoliberalismo se presentaba como un mal necesario, justificado por la necesidad de orden, crecimiento y modernización. La democracia liberal, aunque vaciada de contenido social, seguía funcionando como horizonte normativo, tanto para las élites gobernantes como para los movimientos sociales que emergían en su contra.

Esta coexistencia conflictiva entre neoliberalismo y democracia explica por qué los movimientos sociales de comienzos del siglo XXI se construyeron desde una negación del neoliberalismo acompañada de una afirmación de la democracia. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, por ejemplo, no cuestionó la democracia como principio, sino su reducción tecnocrática y mercantil. Su crítica al Tratado de Libre Comercio de América del Norte se articuló desde una defensa del territorio, de la autonomía y de formas comunitarias de vida que desbordaban el imaginario liberal, pero sin renunciar a la idea de una democracia radicalizada (Harvey, 1998 y Holloway, 2002).

En contraste, el capitalismo contemporáneo ha avanzado hacia una fase en la que la democracia deja de ser funcional incluso como marco de legitimación. Fraser subraya que el capitalismo caníbal no corrige sus crisis mediante reformas redistributivas o ampliaciones democráticas, sino que las externaliza, las desplaza y las profundiza, produciendo precariedad permanente y desafección política estructural (Fraser, 2025). A diferencia del imaginario de la globalización neoliberal de los años noventa, que prometía mercados integrados y reglas universales, el capitalismo actual se organiza mediante la desdemocratización deliberada del mercado, la proliferación de regímenes jurídicos excepcionales, zonas especiales y espacios de soberanía privatizada (Slobodian, 2023). El objetivo ya no es integrar a las mayorías al mercado, sino aislar al mercado de la democracia.

Esta lógica de fragmentación tiene consecuencias profundas

Un interesante trabajo ha señalado que el ascenso de las nuevas derechas autoritarias debe ser entendido como una respuesta re-

accionaria a la crisis social producida por décadas de neoliberalismo. Sin embargo, esta respuesta no se orienta a cuestionar el sistema económico, sino a reconfigurar la política en clave autoritaria, desplazando la frustración social hacia enemigos internos y externos —migrantes, minorías, élites culturales— y bloqueando cualquier salida democrática al conflicto (Urbán, 2025).

Este contraste permite comprender por qué las democracias desde abajo de comienzos del siglo XXI estuvieron atravesadas por una fuerte esperanza democrática, mientras que el presente se caracteriza por una profunda crisis de expectativas. No se trata de una supuesta ingenuidad de los movimientos del pasado, sino de un contexto histórico distinto, en el que la democracia aún aparecía como horizonte disputable. La autodestrucción del capitalismo contemporáneo ha clausurado parcialmente ese horizonte, produciendo una sensación generalizada de ausencia de futuro.

Analizar el periodo 1990–2002 desde esta perspectiva permite, entonces, comprender el presente no como una anomalía, sino como el resultado de un proceso histórico no resuelto. La bifurcación entre una politización democrática del conflicto y su captura autoritaria se abrió hace más de dos décadas. El triunfo actual de las derechas radicales indica que el capitalismo logró reinventarse, mientras la democracia quedó atrapada en sus propias limitaciones estructurales. Leídas desde el presente trumpiano, estas experiencias ya no aparecen únicamente como respuestas locales a contextos autoritarios específicos, sino como formas tempranas de resistencia democrática frente a una mutación profunda del capitalismo, cuyas consecuencias políticas hoy se manifiestan de manera más radical.

En el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, la irrupción de 1994 y su posterior despliegue político hasta la Caravana de 2001 pueden ser entendidos como una confrontación directa con el neoliberalismo en su fase estatal y tecnocrática. El zapatismo emerge precisamente en el momento en que el Estado mexicano, bajo el liderazgo de Salinas de Gortari, consagra constitucionalmente la subordinación del territorio, del trabajo y de la vida social a la lógica del mercado global. Frente a esta clausura de lo político, el EZLN introduce una reapropiación radical de la democracia, no como forma institucional, sino como práctica colectiva basada en la autonomía, la deliberación comunitaria y la dignidad.

Este punto resulta central para la comparación histórica. A comienzos del siglo XXI, la negación del neoliberalismo no implicaba el rechazo de la democracia, sino su radicalización. El EZLN no propuso la sustitución de la política por el mercado ni la clausura del conflicto, sino su ampliación y visibilización. En este sentido, la Caravana de 2001 constituyó una intervención directa en la esfera pública nacional, orientada a forzar una discusión colectiva sobre los límites de la democracia liberal y la necesidad de reconocer sujetos políticos históricamente excluidos.

En el Perú, el movimiento del Lavado de la Bandera presenta una lógica distinta, pero estructuralmente conectada. Frente a una dictadura neoliberal consolidada, caracterizada por la concentración del poder, la corrupción sistémica y la militarización de la política, amplios sectores de la sociedad civil produjeron una acción colectiva que logró recomponer temporalmente la esfera pública. El acto de lavar la bandera no fue solo un gesto simbólico, sino una reapropiación ética de la nación como bien común, frente a su captura autoritaria por el régimen fujimorista. Este movimiento se inscribe plenamente en el ciclo de esperanza democrática que caracteriza el cambio de siglo. A diferencia de las movilizaciones contemporáneas marcadas por la fragmentación y la polarización identitaria, el Lavado de la Bandera logró articular una pluralidad de actores sociales en torno a una demanda compartida: la restitución de la legalidad democrática y de la dignidad política. La bandera, resignificada colectivamente, operó como un símbolo de lo común que permitió reconstruir vínculos sociales erosionados por una década de neoliberalismo autoritario.

Desde la perspectiva del capitalismo caníbal, estas experiencias pueden ser leídas como resistencias tempranas a un proceso de autodestrucción sistémica, que hoy se ha profundizado. Como señala Fraser, el capitalismo contemporáneo no solo produce desigualdad, sino que socava las bases sociales y políticas que permiten la acción colectiva democrática (Fraser, 2025). En este contexto, los movimientos sociales enfrentan un escenario en el que la reproducción de lo común se vuelve cada vez más difícil, y la política tiende a ser sustituida por la gestión autoritaria del conflicto.

La noción de capitalismo de la fragmentación permite profundizar esta lectura. Mientras que el zapatismo y el movimiento peruano lograron articular solidaridades relativamente amplias

en el marco de Estados nacionales aún operativos, el presente se caracteriza por una fragmentación territorial, jurídica y social que dificulta la construcción de sujetos colectivos. La proliferación de zonas de excepción, la precarización extrema y la desdemocratización deliberada del mercado han reducido los márgenes para una politización democrática del malestar (Slobodian, 2025).

Esta transformación explica también la diferencia entre los movimientos sociales del cambio de siglo y el ascenso contemporáneo de las derechas autoritarias. Como advierte Miguel Urbán, el malestar social producido por el neoliberalismo no desaparece, pero cambia de signo político cuando la democracia deja de ofrecer una salida creíble. En ausencia de horizontes democráticos, el resentimiento es canalizado por proyectos que prometen orden, identidad y castigo, reforzando la fragmentación social y debilitando aún más lo político (Urbán, 2025).

La figura de Donald Trump funciona aquí como un contrapunto histórico esclarecedor. Mientras el Trump de 2000–2002 ensaya una antipolítica mediática que todavía convive con instituciones democráticas relativamente estables, el Trump del periodo 2016–2026 encarna una forma política acorde con el capitalismo caníbal y fragmentado. Su liderazgo no busca reformar la democracia, sino vaciarla desde dentro, sustituyendo la deliberación por la lealtad afectiva y el conflicto político por la guerra cultural permanente.

La comparación con los movimientos de Perú y México permite comprender que el problema central no es la protesta social ni la politización del conflicto, sino la estructura histórica que determina hacia dónde se orienta ese conflicto. En 2001, la negación del neoliberalismo podía articularse con una afirmación democrática.

En este sentido, integrar los casos empíricos del EZLN y del Perú en una lectura histórica de largo plazo permite cerrar el apartado con una tesis clara: “el trumpismo y las nuevas derechas no surgen de la nada, sino del fracaso histórico de una democracia subordinada al capitalismo, mientras que las democracias desde abajo del 2000–2001 representan intentos tempranos —parcialmente derrotados— de romper esa subordinación.

Este contraste no solo ilumina el pasado, sino que plantea una

pregunta central para el presente: ¿En qué condiciones es posible reconstruir hoy una política democrática capaz de enfrentar un capitalismo que ha hecho de la destrucción de lo político una condición de su propia supervivencia?

2001 como punto de quiebre: terrorismo, securitización y eclipse de la democracia

El año 2001 constituye un punto de quiebre histórico global que redefine de manera profunda la relación entre capitalismo, democracia y derechos humanos. Los atentados del 11 de septiembre en Nueva York no solo marcaron el inicio de una nueva fase geopolítica, sino que clausuraron simbólicamente y materialmente el ciclo histórico en el que las democracias desde abajo, los movimientos pro-derechos humanos y las luchas antisistémicas podían aún articularse como proyectos con horizonte de futuro. A partir de ese momento, la democracia deja de operar como principio ordenador del orden global y es progresivamente desplazada por la seguridad como valor supremo.

Hasta 2001, incluso en un contexto de neoliberalismo hegemónico y autoritarismo persistente, los derechos humanos funcionaban como lenguaje normativo dominante de legitimación y de resistencia. En América Latina, ese lenguaje había sido central para enfrentar dictaduras, denunciar violaciones sistemáticas y sostener procesos de transición democrática. Movimientos como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional o el Lavado de la Bandera en el Perú se inscribieron todavía en ese marco: sus demandas eran pro-democráticas, pro-derechos humanos y orientadas a ampliar la esfera pública frente a la mercantilización neoliberal.

El 11 de septiembre de 2001 rompe ese equilibrio precario. La respuesta de Estados Unidos y de las potencias occidentales inaugura un nuevo régimen político basado en la securitización permanente, la normalización del estado de excepción y la subordinación explícita de los derechos humanos a la lógica de la guerra. La llamada “guerra contra el terrorismo” no fue una política

coyuntural, sino una reconfiguración estructural de lo político, en la que la democracia es presentada como un obstáculo frente a la seguridad y la legalidad como una traba frente a la eficacia (Agamben, 2003).

En este nuevo escenario, la democracia deja de ser el horizonte normativo incuestionable del orden global. La tortura, la detención indefinida, la vigilancia sin control judicial y la militarización del espacio público se normalizan incluso en regímenes formalmente democráticos. Guantánamo, Irak y Afganistán no son excepciones, sino síntomas de un orden político que ha aceptado la suspensión permanente de derechos como condición de su funcionamiento.

La securitización posterior a 2001 también reconfigura profundamente a América Latina. La región, que había sido laboratorio del neoliberalismo desde el golpe de Estado en Chile en 1973, entra en el siglo XXI con democracias formales debilitadas, Estados fragmentados y sociedades atravesadas por desigualdades extremas. La centralidad de los derechos humanos, que había articulado luchas contra las dictaduras, comienza a erosionarse progresivamente, desplazada por discursos de seguridad, combate al crimen y control territorial.

Este proceso implica una despolitización de los derechos humanos. De lenguaje emancipador y articulador de proyectos colectivos, pasan a convertirse en dispositivos jurídicos, informes técnicos y retóricas institucionales crecientemente desconectadas de la acción política transformadora. En paralelo, el avance del capitalismo depredador en la región —que Luque y Gálvez (2019), conceptualizan como capitalismo chupacabras— profundiza el despojo territorial, la violencia social y la fragmentación política, debilitando las condiciones de posibilidad de movimientos sociales de escala nacional o transnacional.

La consecuencia de este doble proceso —securitización global y despolitización de los derechos humanos— es el eclipse de la esperanza democrática que había caracterizado al cambio de siglo. Los movimientos antisistémicos de 2000–2001 se construyeron aún sobre la premisa de que la democracia podía ser reapropiada, ampliada y radicalizada frente al neoliberalismo. El mundo posterior al 11-S reduce drásticamente ese margen. La política es colonizada por la lógica del enemigo, la urgencia y la excepción,

mientras el capitalismo avanza destruyendo las bases materiales y simbólicas de la acción colectiva.

En este contexto, las micropolíticas adquieren una centralidad ambigua. Por un lado, emergen como formas de resistencia cotidiana, cuidado, supervivencia ética y defensa de lo común en contextos hostiles. Por otro, se ven estructuralmente limitadas en su capacidad de articular proyectos hegemónicos. La fragmentación social, la precarización extrema y la captura autoritaria del Estado dificultan la traducción de estas prácticas en alternativas democráticas de escala amplia (Dardot y Laval, 2017).

El mundo posterior a 2001 altera radicalmente ese escenario. La securitización global, la normalización del estado de excepción y la subordinación explícita de los derechos humanos a la lógica de la guerra producen un desplazamiento profundo del eje de legitimidad política. La democracia deja de operar como principio rector del orden internacional y es reemplazada progresivamente por la seguridad, la estabilidad y la gestión del riesgo.

Esta crisis de expectativas no es simplemente subjetiva; es el resultado de una transformación objetiva del capitalismo y de sus dispositivos de poder. La figura de Donald Trump, analizada en los apartados anteriores, condensa de manera paradigmática esta mutación. El Trump que emerge tras 2016 no representa una ruptura radical con el orden neoliberal, sino su radicalización autoritaria en un contexto post-11-S. Su liderazgo se apoya en la securitización, la guerra cultural y la movilización del resentimiento, ofreciendo una salida antipolítica a una crisis que ya no encuentra cauces democráticos.

La integración de este análisis permite reformular el sentido de las conclusiones generales del artículo. No se trata de establecer una oposición moral entre pasado y presente, ni de idealizar los movimientos antisistémicos del cambio de siglo. Se trata, más bien, de comprender por qué aquellas experiencias fueron posibles en su momento y por qué hoy resultan tan difíciles de reproducir. La respuesta no reside únicamente en los errores estratégicos de los movimientos ni en la supuesta apatía contemporánea, sino en la transformación profunda de las condiciones estructurales que sostienen —o erosionan— la política democrática.

El mundo posterior al 11 de septiembre de 2001 altera radicalmente este equilibrio. La securitización global, la expansión del

estado de excepción y la normalización de la violencia institucional transforman el terreno en el que se inscriben las luchas sociales. La democracia deja de ser el lenguaje común del conflicto político y es sustituida por narrativas de amenaza, riesgo y supervivencia. En este contexto, los derechos humanos pierden centralidad no porque hayan sido derrotados ideológicamente, sino porque han sido desplazados funcionalmente por dispositivos hegemónicos de las derechas trumpistas orientados a la gestión del miedo y la fragmentación social de los comunes.

Esta transformación tiene consecuencias directas para los movimientos sociales. Mientras que en el cambio de siglo era posible articular demandas económicas, culturales y políticas en un marco democrático común, el presente se caracteriza por una dispersión de luchas que difícilmente logran converger en proyectos colectivos de alcance nacional o transnacional. Las micropolíticas emergen como formas de resistencia necesarias y valiosas, pero también como síntomas de una fragmentación estructural que limita su capacidad de producir hegemonía.

Desde esta perspectiva, la figura de Donald Trump es una expresión coherente de un orden postdemocrático. Su liderazgo condensa procesos que se gestaron desde el cambio de siglo y que se aceleraron tras el 11-S: la colonización de la política por el espectáculo, la normalización del discurso del enemigo y la sustitución de la deliberación por la lealtad afectiva. Trump no destruye la democracia; gobierna sobre una democracia ya profundamente erosionada.

La comparación con América Latina refuerza esta lectura. La región, que fue pionera en la implementación del neoliberalismo mediante la violencia política, experimenta hoy una forma intensificada de desdemocratización. La expansión de economías extractivas, la criminalización de la protesta y la militarización de amplios territorios configuran un escenario en el que la democracia formal coexiste con prácticas sistemáticas de exclusión. En este contexto, los derechos humanos se enfrentan a un doble desafío: su instrumentalización retórica por parte de los Estados y su desconexión progresiva de las luchas sociales de base. Esta desconexión no implica la desaparición de los derechos humanos como discurso, sino su transformación en un lenguaje técnico y despolitizado, incapaz de articular proyectos colectivos de trans-

formación. Mientras en los años noventa y comienzos del siglo XXI los derechos humanos funcionaron como un marco de politización frente a dictaduras y autoritarismos abiertos, en el presente tienden a operar como dispositivos jurídicos que gestionan daños sin cuestionar las estructuras que los producen.

Cerrando la discusión

Las conclusiones generales del artículo deben situarse, por tanto, en este cruce entre historia y presente. El análisis de las democracias desde abajo en Perú y México no tiene como objetivo recuperar un modelo perdido ni proponer una simple repetición de estrategias pasadas. Su valor reside en mostrar que la esperanza democrática fue históricamente posible bajo determinadas condiciones estructurales, y que su debilitamiento actual responde a transformaciones profundas del capitalismo y del orden político global.

Este reconocimiento no conduce a un diagnóstico de clausura definitiva, sino a una problematización más rigurosa del presente. Si la democracia ha sido erosionada no solo por actores autoritarios, sino por un capitalismo que ha aprendido a prescindir de ella, entonces cualquier proyecto democrático futuro deberá enfrentar esa relación estructural. La pregunta central ya no es cómo perfeccionar la democracia liberal existente, sino cómo reconstruir lo político en un contexto en el que la democracia ha sido funcionalmente desplazada.

Desde esta perspectiva, las experiencias del cambio de siglo adquieren un valor analítico estratégico. No porque ofrezcan soluciones listas para ser aplicadas, sino porque permiten identificar prácticas, lenguajes y formas de articulación que lograron, aunque de manera parcial y transitoria, disputar la hegemonía neoliberal desde una afirmación democrática. La producción de lo común, la reapropiación de la esfera pública y la centralidad de la dignidad política aparecen como elementos que siguen siendo relevantes, aun cuando las condiciones históricas hayan cambiado.

Cerrar el artículo desde este encuadre implica asumir que la crisis contemporánea de la democracia no es un fenómeno coyuntural ni reversible mediante ajustes institucionales menores. Se trata de una crisis civilizatoria en la que el capitalismo, en su fase caníbal y fragmentada, ha erosionado las bases mismas de la

política democrática. Frente a este escenario, las micropolíticas, los movimientos dispersos y las resistencias locales no deben ser desestimados, pero sí comprendidos en sus límites estructurales.

En última instancia, el recorrido propuesto en este artículo sugiere que el desafío central del presente no consiste en recuperar las formas de acción colectiva del pasado, sino en imaginar nuevas articulaciones democráticas capaces de enfrentar un orden que ha hecho de la fragmentación, la securitización y el miedo sus principales dispositivos de gobierno. La memoria de las democracias desde abajo del cambio de siglo no ofrece certezas, pero sí una advertencia histórica: allí donde la democracia pierde su contenido social y su capacidad de producir futuro, el autoritarismo encuentra un terreno fértil para expandirse.

Con esta reflexión, el artículo no se cierra en una conclusión normativa, sino que deja planteada una interrogación abierta sobre las condiciones de posibilidad de la política democrática en el siglo XXI. Esa interrogación, más que cualquier respuesta definitiva, constituye el aporte central de este trabajo al debate contemporáneo sobre neoliberalismo, movimientos sociales y crisis de la democracia.

Referencias

- Agamben, G. (2003). *Estado de excepción*. Pre-Textos.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Dardot, P. y Laval, C. (2017). *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Gedisa.
- Escalante Gonzalbo, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. El Colegio de México.
- Fraser, N. (2015). *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*. Traficantes de Sueños.
- Fraser, N. (2025). *Capitalismo caníbal. Qué hacer con el sistema que devora la democracia y el planeta*. Siglo XXI.
- Gálvez, A. y Luque-Brazán, J. C. (2019). Capitalismo de chupacabras en una era post-política y post-migratoria. *Huellas de la Migración*, 4 (7), 109–138. <https://doi.org/10.36677/hmigracion.v4i7.11945> (<https://doi.org/10.36677/hmigracion>).

- Gilly, A. (1997). *Chiapas: la razón ardiente*. Ediciones Era.
- González-Casanova, P. (2001). *La democracia en México*. Ediciones Era.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Herramienta Ediciones.
- O'Donnell, G. (2010). *Democracia, agencia y Estado. Teoría con intención comparativa*. Prometeo Libros.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 201–246). CLACSO.
- Sassen, S. (2014). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Katz Editores.
- Slobodian, Q. (2025). *El capitalismo de la fragmentación. El radicalismo de mercado y el sueño de un mundo sin democracia*. Paidós.
- Svampa, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina*. CALAS/UNSAM Edita.
- Urbán, M. (2025). *Trumpismos. Neoliberales y autoritarios: Radiografía de la derecha radical*. Fondo de Cultura Económica.

